

CATALOGADO

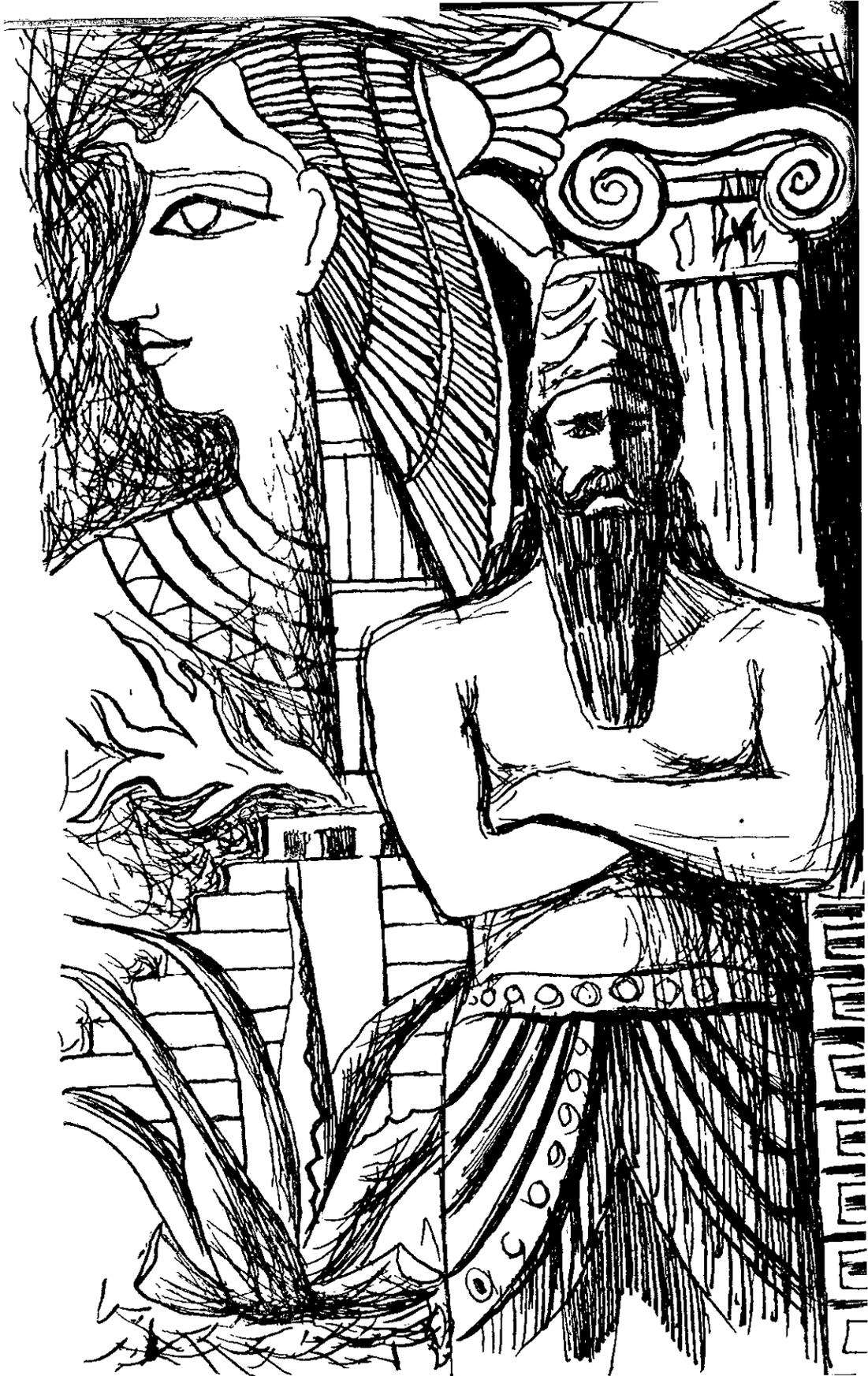
LA INTERPRETACION HISTORICA EN FUNCION DEL PROCESO DE EVOLUCION DE LA HUMANIDAD

POR ROBERTO LARA VELADO.

Me toca esta vez abordar el interesante tema de la interpretación histórica, para presentar al distinguido auditorio que me escucha, mis personales puntos de vista sobre tan importante materia.

Ante todo, ¿qué es interpretación histórica?

La historia no es solamente un conjunto inconexo de hechos producidos por la fuerza ciega y caprichosa de la casualidad; sino que, cuando analizamos detenidamente el catálogo exacto y minucioso de los sucesos, sentimos que detrás de todo esto, hay algo más; hay un algo que nos permite explicar racionalmente el devenir de los acontecimientos, desentrañar las relaciones de causa a efecto que encadenan unos sucesos con otros. La interpretación histórica es, pues, una explicación racional del devenir de la historia, que nos permite señalar las causas del pasado y del presente y hacer, dentro de las limitaciones circunstanciales desde luego, proyecciones hacia el futuro.



Es este el problema más profundo de la historia; el problema culminante de su existencia como disciplina científica. Si no hay explicación racional del devenir, la historia no pasará de ser, en el mejor de los casos, un registro minucioso y exacto de hechos, nombres y fechas; un conjunto de materiales para crear ciencia, pero no ciencia en sí misma. En cambio, la explicación racional de los hechos sí es una disciplina científica; la interpretación histórica es el remate de la historia, que la convierte en una ciencia que está llamada a ser el punto de partida del pensamiento social.

Antes de exponer mis puntos de vista, quiero hacer una advertencia necesaria; la presentación completa de una interpretación de la historia, cualquiera que ella sea, requiere mucho más tiempo que el que puede llevarse esta charla; de aquí que sea indispensable plantear esta noche únicamente unas cuantas ideas fundamentales, a fin de exponer, en forma más que esquemática, la parte medular de mi teoría; el tiempo de que disponemos no permite otra cosa.

Ante todo, habremos de fijarnos en la idea de causalidad histórica. La gran difusión que en nuestros días tienen las ciencias de la naturaleza, base indiscutible de la técnica moderna, ha generalizado en las mentes de todos el concepto de causalidad propio de este tipo de fenómenos. Se trata de una causalidad rígida, invariable, irrefragable; puesta la causa, tiene que seguirse necesariamente el efecto; si yo suelto un objeto en el espacio, éste tiene que caer y no puede suceder de otra manera.

En historia, y, en general, en ciencias sociales, el concepto de causalidad es diferente. Los hechos históricos son hechos de conducta humana, esto es hechos cuya naturaleza íntima está en ser producidos por un agente dotado de inteligencia para apreciar las circunstancias y de voluntad para decidir por sí mismo. Si un hombre es atacado, puede defenderse, puede huir, o, en fin puede llegar a un arreglo transaccional con el atacante; supuesto el ataque, no podemos esperar necesariamente un determinado efecto, solamente sabemos que uno de ellos habrá de producirse. De aquí que la causalidad histórica no sea invariable; los acontecimientos plantean al hombre problemas, ante los cuales la voluntad humana elige, entre las diversas soluciones posibles, la que considera más adecuada. Los acontecimientos, más que causas directas, son estímulos que provocan la reacción libre del agente.

El mundo de los hechos históricos es un mundo esencialmente complejo. En él actúan, como estímulos que provocan la respuesta de los grupos humanos, fuerzas extra-humanas que actúan como presiones de orden físico; son los fenómenos de la naturaleza, la influencia del

medió o contorno físico. También actúan fuerzas de procedencia humana, que constituyen presiones, ya de orden físico o ya de orden psíquico o ideológico; son las influencias del contorno humano. El conjunto de reacciones o respuestas que un grupo humano dado ha tenido, a través de su historia, ante los diversos estímulos que se haya visto obligado a enfrentar, constituye su evolución, la cual será ascendente o decadente, según que la elección efectuada, en cada caso, sea feliz o equivocada.

El hombre vive y ha vivido siempre en sociedad; no podemos ni concebirlo siquiera viviendo de otra manera. La sociedad es el medio necesario para el desarrollo de la vida humana; es una colectividad, esto es el conjunto de los miembros que la componen, los cuales son los únicos que piensan, sienten y quieren. La vida en común tiene el efecto de establecer entre todos ellos, una mutua influencia que tiende a uniformar sus pensamientos, sentimientos y voliciones, sin hacer desaparecer las individualidades; ese fondo psíquico común es lo que llamamos alma colectiva. La evolución de los grupos humanos, por lo mismo que se realiza en común, está fuertemente impregnada de las tendencias que constituyen el fondo psíquico común, esto es que se realiza a través de las manifestaciones del alma colectiva del grupo, manifestaciones que en su conjunto constituyen lo que conocemos con la palabra cultura. De aquí que el campo propio de la historia, la materia de la interpretación histórica, es el hacer social; nos interesan los grupos humanos considerados como sujetos de la historia y las culturas que cada uno de ellos desarrolla; los individuos son secundarios, solamente tienen interés por la influencia que su hacer personal haya podido tener sobre la evolución del grupo a que pertenecen.

Las altas culturas históricas son fenómenos estelares en el devenir de la humanidad; son la suma de las manifestaciones del alma colectiva de las sociedades humanas que han superado su etapa primitiva o prehistórica. Una cultura es un conjunto armónico y unitario de manifestaciones del alma colectiva; obedece a una concepción única de la vida, que implica formas diversas en los distintos campos de actividad colectiva, todos los cuales revelan la unidad de concepto que llevan en el fondo; cada cultura tiene su propio estilo. Se ha objetado que todas las culturas derivadas contienen elementos dispares y hasta no pocas contradicciones, lo cual, en sentido estricto, es cierto; pero el concepto de cultura histórica, como cualquier otro que se refiera al hacer social humano, no puede pretenderse absoluto; la armonía que ofrecen entre sí las diversas manifestaciones de una cultura dada, es una armonía relativa, es decir de conjunto, que admite la existencia de elementos dispares, siempre que la tónica dominante sea uniforme.

Las culturas recorren sus propias etapas de desarrollo; nacen, crecen, sufren colapsos y se desintegran; pero, contrariamente a lo que se pensó al principio, estas etapas no son irreversibles; todo depende de cuán feliz o equivocada sea la respuesta del grupo humano frente a la incitación que se le plantea, de aquí que la fuerza de la voluntad humana sea capaz de variar la suerte de una cultura. Toda cultura recorre su propio proceso evolutivo

Pero la evolución no se detiene en el campo de cada cultura, sino que lo trasciende. Las culturas no son fenómenos aislados sin contacto con el exterior, al contrario, lo normal es que se produzcan los encuentros culturales o contactos entre culturas, los cuales pueden ocurrir en el espacio y en el tiempo. Los contactos en el espacio nacen de los intercambios entre los pueblos; cuando tal cosa ocurre, se producen fenómenos que van desde la absorción cultural total hasta la simple comunicación del ritmo evolutivo, pasando por la absorción cultural parcial; el ejemplo de la primera forma lo tenemos en los resultados de la conquista europea en América; casos de la segunda son los mundos árabe e hindú contemporáneos, por lo menos hasta este preciso momento; la forma intermedia tiene un ejemplo en la transformación japonesa del siglo XIX.

Los contactos en el tiempo se presentan normalmente en el proceso de formación de las culturas derivadas. Solamente las primeras altas culturas podemos considerarlas como primarias, porque emergieron como fenómenos nuevos, en un fondo cultural primitivo o prehistórico. Las demás aparecen como filiales de otra alta cultura, la cual en el transcurso de una crisis desaparece como conjunto armónico, lo que no impide que muchos de sus elementos continúen viviendo en las filiales que se forman.

Los contactos culturales en el espacio y en el tiempo nos demuestran que el hilo de la evolución trasciende de las culturas históricas, que, son en realidad los complejos espirituales armónicos en que, a modo de figuras estelares, se concreta de tiempo en tiempo el proceso de evolución humana.

Sentado lo anterior, pasemos a analizar el proceso mismo. En primer lugar, necesitamos establecer si existe un único proceso evolutivo para toda la humanidad, o si tenemos que admitir la existencia simultánea de varios procesos diferentes.

La respuesta nos la da la observación del devenir histórico. Por una parte, existió un grupo de culturas primarias cuyo hilo de desarrollo nos permite llegar, sin solución de continuidad aparente, hasta las culturas contemporáneas.

Tal sucede con las altas culturas nacidas en Egipto, Mesopotamia y el Asia Occidental, es decir en el Cercano Oriente en términos históricos; de las cuales pasamos a la hindú anterior, a la cretense o minoica y a la grecorromana; y de estas últimas a su vez, a la islámica, a la hindú posterior, a la cristiano-oriental y a la occidental, todas las cuales subsisten aún. Este proceso, así identificado, constituye el proceso evolutivo central de la historia.

Pero, por otra parte, tenemos extensos sectores de la humanidad que, debido a un apartamiento, generalmente de carácter geográfico motivado por la distancia, han evolucionado con entera independencia del proceso que hemos llamado central. Tal pasa con las altas culturas de la América Precolombina, que probablemente tuvieron como antecedentes las culturas melanesia y polinesia; de estas últimas parece que solamente la segunda merece considerarse como alta cultura. Igual cosa sucede con las altas culturas del Extremo de Oriente, la china, la coreana, la japonesa y la indochina. De tal manera que junto al proceso evolutivo central, tenemos por lo menos estos dos procesos evolutivos adicionales.

En segundo lugar, necesitamos enfocar la marcha del proceso, es decir las distintas grandes etapas en que éste se manifiesta y los períodos menores en que dichas etapas se descomponen, basados en la observación de los hechos históricos.

Las crisis en la historia, por regla general, no se presentan constantemente, sino que aparecen de tiempo en tiempo, jalonando el curso de los acontecimientos. Entre crisis y crisis, el paso del proceso se torna calmo; transcurre suavemente, de tal manera que los hechos se derivan unos de otros, desenvolviéndose con un acontecer lógico; no fatalmente, pero sí con un desarrollo causalizado, entendido dentro del concepto expuesto antes la causalidad histórica, que descansa sobre el acto libre volitivo del hombre. Estos períodos comprendidos entre dos crisis de grandes proporciones, constituyen, cada uno, una sola unidad histórica; durante siglos, salvo excepciones, transcurre toda la vida de las culturas peculiares del período. Estas unidades del devenir humano las designamos con el nombre de ciclo histórico.

Un ciclo histórico es una unidad ideal naturalmente observado, un lapso de duración variable durante el cual el proceso evolutivo transcurre en forma equilibrada, sin que lo afecten las grandes crisis. No tiene, en manera alguna, contenido fatalista, el cual no es compatible con la naturaleza del hecho de conducta humana.

La trayectoria en que se desenvuelve un ciclo histórico, o sea la forma de subdividirlo, de acuerdo a la observación del proceso, consta de tres períodos menores.

En el primero se fijan las tendencias y el ciclo adquiere su fisonomía propia. Los principios religiosos y el sometimiento a la tradición son muy fuertes; la mayoría de las culturas históricas correspondientes al ciclo se generan en este período. Resulta un estado social caracterizado por un fuerte apego a los principios y convencionalismos que le son peculiares, por una organización social basada en círculos rígidos y difíciles de superar y por la formación de unidades de tendencia estable y perdurable. A este período lo llamamos período de integración.

En el segundo se desarrolla la vida plena del ciclo. Parte del estado social final del período de integración, dentro del cual aparecen las primeras negaciones que discuten los principios fundamentales que le sirvieron de soporte filosófico y que provocan un movimiento de gran envergadura, cuyo resultado es un nuevo estado social que, aún cuando conserva buena parte de la fisonomía externa del anterior, se ha apartado de su postura ideológica y lleva en sí los gérmenes de lo que acontecerá en el período siguiente. A este período lo llamamos período de plenitud.

En el tercero se destruye la fisonomía del ciclo y surge el estado social que permite el cambio de sentido evolutivo. Aparecen corrientes ideológicas cada vez más apartadas de los principios que presidieron la formación del ciclo, las cuales son disímiles entre sí y tienen como único fondo común la repugnancia a todo lo tradicional; estas ideologías encontradas provocan movimientos violentos, cada vez más frecuentes. Resulta un estado social cuyas características son opuestas a las del resultante del primer período; se discuten todos los principios y todos los convencionalismos; se superan fácilmente los círculos sociales y la organización política se torna débil y de tendencia efímera; por regla general, las culturas históricas correspondientes al ciclo entran en decadencia. A este período lo llamamos período de disolución.

El remate del proceso es la gran crisis final que, a través de acontecimientos violentos y de grandes proporciones que se suceden unos a otros con la rapidez del relámpago, disuelve el ciclo y genera el ciclo siguiente. La desintegración se opera con relativa rapidez, si comparamos el lapso necesario para que se efectúe con la duración de los períodos anteriores, pero sus consecuencias se prolongan hasta bien entrado el ciclo siguiente. La crisis pertenece por igual al ciclo que desaparece y al nuevo que se genera; no podemos colocarla de manera exclusiva en ninguno de los dos, por ser característica de los

fenómenos sociales que no se produzcan con exactitud matemática, es decir que no es posible señalar una fecha exacta para separar cualesquiera dos etapas históricas.

Todo proceso evolutivo humano es una serie de ciclos históricos, en cada uno de los cuales se suceden los períodos menores que antes fueron expuestos.

Pasemos a hacer una más que somera y esquemática revisión de la Historia, a fin de establecer las series de ciclos históricos en que se han concretado los tres procesos evolutivos antes apuntados.

El proceso evolutivo central consta de dos ciclos; el primero comprende desde las primeras altas culturas conocidas, es decir las culturas arcaicas del Oriente Medio, hasta la caída del Imperio Romano; y el segundo, desde el asentamiento de los bárbaros germanos en el territorio del extinto Imperio Romano hasta nuestros días.

El primer ciclo del proceso evolutivo central representa el esfuerzo de la humanidad por superar las condiciones primitivas de vida. Sus períodos menores son:

I)—Período de integración representado por las altas culturas del Oriente Medio hasta el Imperio Persa o Aqueménida, inclusive. Las culturas primarias parecen ser la egipcia y la mesopotamia; entre la serie de culturas mesopotamias, específicamente la sumeroakadia; ya que las restantes manifestaciones culturales de Mesopotamia, la amorrea o babilonia, la asiria y la kaldea, son solamente desarrollos posteriores de la sumeroakadia; la cultura hitita es filial indiscutible de la mesopotamia y la hindú anterior parece haberse originado de la colonización asiria o babilonia. Tras un período inicial de ciudades estados, en las que lo político, lo social y lo religioso se amalgaman, y a través de la lucha entre grupos y la conquista, surge el Imperio de tendencia universalista, que es el ideal dominante del período de integración; es una forma autocrática caracterizada por la divinización del autócrata y la tendencia al dominio universal por imperativo religioso; la sociedad se funda en la desigualdad; en la cúspide, el rey —dios luego el pueblo imperial; y finalmente, en la base, los pueblos subyugados. El primer esfuerzo es, pues, profundamente exclusivo y tiende a la uniformación; es en suma el egoísmo del grupo convertido en sistema con la justificación religiosa.

II)—Período de plenitud representado por la Hélade, el Imperio Macedonio y sus estados sucesores y la Roma republicana hasta la marcha de Sila sobre Roma. En la isla de Creta, por influencia de las culturas del Egipto y de Asia Occidental, surge la cultura egea o mi-

noica; fue el puente que sirvió para llevar la cultura del Oriente al Occidente. Los griegos o helenos destruyeron el estado minoico y sorbieron su cultura, pero la transformaron, creando la cultura helénica que sublimó los valores humanos; esta cultura, quizás la más sorprendente de toda la historia, superó el servilismo interno y tuvo como ideal la libertad ciudadana, aunque hay que reconocer que no pudo superar el egoísmo del grupo en sus relaciones externas; su creación política fue la ciudad-estado, la polis, en cuyo seno nacen dos nuevas formas de gobierno, la aristocracia y la democracia, si bien ésta de alcances limitados. Los macedonios, un pueblo bárbaro hermano de los helenos, conquista primero la Hélade y luego el Asia, pero culturalmente se dejó absorber por el Oriente; sus estados sucesores son orientales en el fondo recubiertos de un fino barniz de cultura helénica. Roma salva momentáneamente las realizaciones de la cultura helénica; después de su triunfo sobre Cartago, recoge la idea del Imperio Universalista, pero la transforma y crea el Imperio universal en función y provecho de la libertad ciudadana, sustituyendo al autócrata por el pueblo romano. Pero Roma quería al no poder dar a su Imperio la organización que el coloso reclamaba; surgen los capitanes-políticos, con los cuales se inicia la decadencia romana; la marcha de Sila sobre Roma señala la culminación del proceso decadente.

III)---Período de disolución representado por el Imperio, que constituye la decadencia de este pueblo. Los capitanes-políticos se turnan en el ejercicio de la dictadura que ahoga definitivamente la libertad ciudadana. Se inicia la etapa del Cesarismo. El Imperio no es otra cosa que la legalización del Cesarismo, conservando al principio la apariencia de las instituciones republicanas, para terminar por suprimirlas abiertamente. Con Diocleciano, el Imperio es una autocracia oriental; el contacto con el Oriente descompuso a Roma. La crisis final fue la destrucción realizada por los bárbaros, de un imperio enfermo de militarismo y cuyo pueblo constructor se había suicidado por medio de la dictadura.

El segundo ciclo del proceso evolutivo central representa un esfuerzo por superar el exclusivo del período anterior y crear un sistema compatible con la pluralidad histórica de los agregados sociales. Su períodos menores son:

1)--- Período de integración representado por la alta Edad Media Occidental, hasta la caída de los Staufén y el final de las cruzadas. Durante esta etapa, se realiza la transformación de la cultura grecorromana por la fusión con los bárbaros germanos, bajo la influencia decisiva del Cristianismo. El Cristianismo hizo estallar las caducas estructuras del

Imperio Romano, para luego desempeñar, como dice el ilustre escritor contemporáneo Arnold J. Toybee, el papel de crisálida, de la que surgió la mariposa de la cultura occidental. Con la cultura occidental, la evolución cambia de sentido de Occidente; sus ideales son: el universalismo religioso, nacido del ideal cristiano; y el pluralismo político, originado en el particularismo germano, que se desarrolló en el nacionalismo, sentimiento peculiar de todos los occidentales; en los campos políticos y económicos, las creaciones de este período son el feudalismo occidental, el gremio y la república comunal. Al mismo tiempo, la evolución se diversifica en el Oriente; allá no cambia de sentido, sino que repite las formas culturales del primer ciclo, desde luego con realizaciones más evolucionadas y algunas de ellas brillantes; tales son la cultura islámica y la bizantina; la cultura bizantina se proyectó hacia el norte, y en combinación con la expansión belicista de los tártaros, produjo la cultura rusa.

II)—Período de plenitud representado por la baja Edad Media Occidental y la Edad Moderna. Durante esta etapa, quiebran los valores ideales del período anterior; la quiebra se produce en dos sentidos; por una parte, la exacerbación del nacionalismo, que condujo a la lucha por la hegemonía, europea primero y mundial finalmente, al querer colocar la propia nacionalidad por encima de las demás, por la otra, la sustitución del ideal religioso y su universalismo, por los resucitados ideales humanistas de la cultura grecorromana. El proceso ha tenido facetas en todos los órdenes: en el propiamente cultural, el Renacimiento; en el religioso, la Reforma; en el político, el absolutismo; y en el económico, el mercantilismo, que engendró el imperialismo colonialista. En el campo ideológico, el proceso continuó con el movimiento conocido con el nombre de la Ilustración, que, por una parte, nos condujo al laicismo, y por la otra, al poner de manifiesto la injusticia de absolutismo, dio ocasión al resurgimiento de la democracia.

III)—Período de disolución iniciado con la Revolución Francesa y cuyas convulsiones finales las estamos viviendo aún. La justa reacción del pueblo francés contra los abusos del absolutismo, tras la etapa cesarista de Napoleón Bonaparte, se concretó en un régimen cuya ideología se conoce como el liberalismo, que se extendió por todo el mundo occidental. La postura económica del liberalismo, en combinación con la llamada revolución industrial del siglo recién pasado y la primera parte del presente, creó el proletariado paupérrimo de nuestros días, base del llamado problema social, máxima incitación del mundo contemporáneo. Este problema nos ha conducido a una crisis mundial, que parece ser la final del segundo ciclo; pero antes de examinarla, haremos una breve relación de los otros dos procesos evolutivos.

El proceso evolutivo americano tiene dos ciclos. El primer ciclo americano corresponde a la etapa precolombina de su historia y se desarrolla primordialmente en dos zonas; la zona culta del norte, que comprende la meseta del Anáhuac, el istmo de Tehuantepec, el Yucatán, Guatemala, El Salvador citralempino y parte de Honduras; y la zona culta del Sur, formada por la región andina, cuyo centro es el Perú, habiéndose extendido por Ecuador, Bolivia, parte de Colombia y el norte de Chile. Sus períodos menores son:

A)—Período de integración, representado por las culturas arcaicas, o sea por el proceso de creación de complejos culturales netamente americanos; comienza y desemboca en las primeras culturas clásicas. Todo el proceso es una lucha entre el particularismo tribal y la tendencia imperial universalista. En el norte, tenemos las culturas otomí, teotihuacana y olmeca, que representan focos aislados; y las culturas maya y tolteca con tendencia imperial. En el sur, las culturas pretiahua-naquenses, aisladas; el imperio de Tishuanaco; y un renacimiento tribal, con los chimús y los aimaraes.

B)—Período de plenitud representado por las últimas clásicas. En el norte, la invasión nahuatlteca lo fracciona en muchos estados de tendencia tribal; en el Anáhuac, se suceden los chichimeca, los tecpaneca y la triple monarquía de los azteca, junto al reino de Michihuacán y la república de Tlaxcalla; más al sur, dentro de la misma zona, los cacicazgos maya-quichés, el segundo Imperio maya y el cacicazgo pipil; en consecuencia, el particularismo tribal triunfa finalmente en la zona septentrional. En cambio, en la zona meridional, se impone el Imperio universalista de los Incas, máxima realización cultural de la América indígena.

C)—No tuvo período de disolución. El ciclo se desintegró en un ultrarrápido período crítico, representado por el descubrimiento y la conquista.

El segundo ciclo americano es el proceso de adaptación de la cultura occidental conquistadora a tierras de América. En América Latina, este proceso tiene varios aspectos; la adaptación del colono europeo y sus descendientes, los criollos; el mestizaje que ha producido la inmensa mayoría de nuestra población; ambos procesos están virtualmente cumplidos; y la absorción cultural de las comunidades indígenas que se realiza con una lentitud desesperante. En Norteamérica, solamente el primer proceso se ha verificado; los otros dos han sido sustituidos por la destrucción despiadada del indio. Los períodos menores de esta etapa son:

A)—Período de integración constituido por la etapa colonial, durante la cual se forma lentamente la sociedad americana.

B)—Período de plenitud, representado por el siglo recién pasado. En él, se concretan las nacionalidades de este continente y se opera paulatinamente la fusión del proceso americano con el proceso evolutivo central. A medida que avanzan los tiempos, se hace más claro que evolucionamos al ritmo de toda la humanidad.

C)—Período de disolución en nuestro siglo, que ya no es americano sino mundial. Norteamérica ha emergido como una potencia imperialista del mismo tipo que los imperialismos europeos; la dirección del proceso está, por el momento, en sus manos. América Latina, azotada por el caudillismo y el subdesarrollo, está aún a la zaga; pero sus pueblos han despertado y podemos esperar en el futuro que asuma el papel rector en los asuntos mundiales a que la llama su destino.

Los pueblos del Extremo del Oriente han realizado un único ciclo, de corta duración, que desembocó en un estancamiento. La evolución se planteó como una lucha entre la tendencia imperial inicial y el feudalismo que apareció después. El estancamiento chino fue imperial; el estancamiento japonés fue feudal. El ciclo se disolvió bajo el influjo de la cultura occidental intrusa.

La humanidad vive en este momento, por primera vez en la historia, un único proceso evolutivo, lo que no implica que no sea posible que vuelva a diversificarse en el futuro.

La crisis final que disolverá el segundo ciclo parece haber empezado con la primera guerra mundial. La incitación que la provoca es el problema social, originado en el siglo recién pasado como efecto del liberalismo. La solución de este problema implica, en el campo interno de cada comunidad política, la erradicación de la injusticia social y del gobierno de oligarquías minoritarias, mediante un sistema basado en la dignidad del hombre y la solidaridad social; y, en el campo internacional, la erradicación del imperialismo y de la explotación que sufren los países en fase de desarrollo, mediante un sistema basado en la dignidad de los pueblos y en la solidaridad internacional. Solamente así podremos ingresar a un tercer ciclo que represente un nuevo esfuerzo de superación hacia la fraternidad universal humana.

Varias respuestas se han ideado para este problema, pero todas ellas se han eliminado una a una, hasta quedar finalmente sólo dos en la palestra. La continuación de un liberalismo, mitigado mediante concesiones ad-hoc, y de los imperialismos occidentales, se revela cada

día más inoperante, al grado que solamente la defienden los espíritus retrógrados y ciegos. El fascismo, combinación del cesarismo con el ultranacionalismo exagerado, fue una respuesta negativa que costó al mundo la hecatombe de la segunda guerra mundial.

Quedan la respuesta marxista y la socialcristiana. Ambas nacieron en el Occidente; pero la primera, al haber sido recogida por los pueblos de tradición imperial universalista, Rusia y China, lleva los gérmenes de la autocracia oriental y de sus tendencias de dominación sobre el mundo; la segunda, en cambio, implica la renuncia a las ansias de hegemonía que frustraron el desarrollo del segundo ciclo. La humanidad debe escoger; de su respuesta depende el futuro sentido de la evolución.

* (Conferencia pronunciada en el Paraninfo de la Universidad, el miércoles 21 de agosto de 1963).